

mo, como si los hubiera recibido de sí; de manera que aunque estaba convencido de que la gloria pertenecía á Dios, no dejaba sin embargo, de robársela y atribuirla á sí mismo por la voluntad. Y si los ángeles no pudieron mirarse tan altos sin caer al momento, ¿cuánto mas deberemos temer nosotros que no somos sino hombres miserables! Este grado de humildad no es, pues, tan fácil de practicar.

#### ARTICULO CUARTO.

Tercer medio para llegar á la vida interior, el amor de Dios.

La vida interior consiste en una union íntima entre Dios y el alma: no hay medio mas seguro para llegar á esta vida sublime, que el que necesariamente hace inclinar á Dios hácia el alma, y al mismo tiempo eleva esta hácia Dios y la tiene unida á él; el amor es el que produce este doble efecto.

1.º Hace inclinar á Dios hácia el alma. *El que me ama, dice Jesucristo, guarda mis mandamientos, y será amado de mi Padre, y nosotros vendremos á él, y fijaremos en él nuestra morada.*

este punto el supremo grado de humildad, y dicen ellos que solo los perfectos pueden llegar á él. San Crisóstomo dice, que encontrarse en medio de la fortuna, de los honores,

2.º El amor eleva el alma hácia Dios y la tiene unida á él: en efecto, el corazon dirige, arrastra con fuerza los pensamientos del alma, hácia el objeto que ama, y los tiene fijos y en algun modo, encadenados; se piensa como por necesidad en el objeto que se ama; la esperiencia lo ha enseñado frecuentemente á las que queriendo entregarse á Dios enteramente en la soledad, emprendieron desterrar de su espíritu el pensamiento de los objetos á que habian dedicado su corazon en el siglo. Que digan si alguna vez pudieron dominar sus pensamientos sin haber triunfado de sus afectos. La que aspire, pues, á la vida anterior, no puede conseguirla de una manera mas cierta, que encendiendo en su corazon el fuego sagrado del amor divino. ¿Pero cómo lo conseguirá? Considerando, dice Bellecio, cuánto Dios merece ser amado; y merece serlo:

1.º A causa del amor que nos ha tenido y nos tiene. Su caridad por nosotros, encierra en un grado eminente las tres cualidades que, segun el testimonio de los maestros de la vida espiritual, distinguen el amor verdadero del falso; porque el verdadero, obra grandes cosas; comunica con liberalidad to-

no encontro una cosa mas grande que nosotros.

Además, nos ha comunicado las grandes y preciosas gracias contenidas en sus pro-

dos sus bienes al objeto amado, y le tiene siempre presente de la manera mas íntima. Pues tal es, ¡oh alma cristiana! el amor de Dios por nosotros.

Primeramente, obra por nosotros grandes cosas. Nos ha sacado del abismo de la nada, con preferencia á tantos otros; nos formó á su imágen, nos ha dado las tres facultades del alma, el entero uso de los sentidos, de los miembros sanos y perfectos; nos ha enriquecido de felices cualidades naturales. Por nuestro amor, conserva todavía hoy este universo; multiplica los animales para nuestro uso; hace crecer los árboles y produce las plantas; cubre de yerbas las praderas; enriquece los campos con las mieses; afirma la tierra bajo nuestros piés; nos alumbrá con el sol; nos recrea y divierte con las estrellas; nos mantiene con los alimentos; apaga nuestra sed con el agua; nos calienta con el fuego; nos refresca con el aire, y concurriendo sin cesar, segun nuestra voluntad, á todas nuestras acciones, obra á cada instante todo en nosotros.

Añádase á estos beneficios la grande obra de la redencion de los hombres, cuando se hizo, no el libertador de los ángeles, sino de

... parte el supremo grado de humildad, y dicen ellos que solo los perfectos pueden llegar á él. San Crisóstomo dice, que encontrarse en medio de la fortuna, de los honores,

horrible prision se cambiaria al momento en un paraíso: tal es la excelencia de su santidad, que el dolor que concibe por la mas ligera falta, sobrepuja á toda la alegría que la

la raza de Adán. Añádase la mision del Espíritu Santo para santificar el mundo y enseñarle toda verdad, nuestra adopcion por hijos de Dios, por herederos del cielo, el don de la gracia del bautismo, el beneficio de una buena educacion, de nuestra vocacion á la verdadera fé, al estado religioso. Sí, él que es poderoso, ha hecho por nosotros cosas grandes; porque el amor obra grandes cosas donde quiera que está.

En segundo lugar, Dios nos ha dado todos sus bienes, y él mismo se ha dado enteramente á nosotros al darnos los principales bienes que ha creado su brazo todopoderoso, á saber: las cosas corporales para nuestro uso, los ángeles para que nos cuiden, la gracia para merecer el cielo en recompensa; á Jesucristo por nuestro dueño, su vida por ejemplo, su carne por alimento, su sangre por bebida; finalmente, nos ha prodigado todas las riquezas de su amor en la Eucaristía; de modo que, aquel que todo lo sabe, nada conoce mejor, y el Todopoderoso no encontró una cosa mas grande que darnos.

Además, nos ha comunicado las grandes y preciosas gracias contenidas en sus pro-

dos sus bienes al objeto amado, y le tiene siempre presente de la manera mas íntima. Pues tal es, ¡oh alma cristiana! el amor de

mesas, á saber: los socorros de su gracia preveniente, cooperante y subsecuente; los dones de la fé, de la esperanza, de la caridad habitual y de la gracia santificante, con el objeto de que os hiciéseis participantes de la naturaleza divina; porque el amor se da liberalmente él mismo con todo sus bienes al objeto amado. Y en verdad, cuando *Dios ha amado el mundo de tal manera que le dió su Hijo único, cuando no perdonó á su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros, cómo no nos habria dado todas las cosas con él? Sí, seguramente, en esto sobre todo ha brillado la caridad de Dios para el hombre.*

En tercer lugar, en fin, Dios nos muestra todavía su amor, en que siempre está íntimamente presente por su esencia, su potencia y su providencia.

*Por su esencia*, segun la doctrina del Apóstol: *En él tenemos el ser, el movimiento y la vida*, estando mas rodeados, mas penetrados, mas llenos de la divinidad, que del aire en que vivimos.

*Por su potencia*, porque vive, crece, siente, vé, piensa, se acuerda, habla en nosotros, concurriendo á todas estas acciones.

horrible prision se cambiaria al momento en un paraíso: tal es la escelencia de su santidad, que el dolor que concibe por la mas ligera falta, sobrepuja á toda la alegría que la

*Por su providencia*, nos lleva en su seno, nos calienta en él, nos protege como á sus hijos; aleja de nosotros los males, provee á nuestro bien, y nos hace encontrar provecho hasta en la tentacion; en una palabra, Dios, para manifestarnos su amor, está siempre íntimamente presente en nuestro cuerpo y en nuestra alma, como en su templo; pues el que ama desea estar sin cesar unido al objeto que ama.

Y pues que la razon misma nos enseña que es necesario volver amor por amor, se sigue de aquí, que nosotros debemos tambien hacer algo por Dios, debemos ofrecérnosle con todo lo que tenemos, y estar siempre presentes y unidos á este soberano maestro, por el recogimiento interior, por el fervor de la oracion y por el ejercicio de la presencia de Dios.

2.º Dios merece ser amado á causa de la manera con que ama al hombre.

El nos ama con un amor eterno; este amor es tan antiguo, que no llegareis nunca á su principio; pues Dios no empezó á amarse á sí mismo antes que á nosotros. Desde la eternidad dirigió a nosotros sus miradas de misericordia que nos sacaron del abismo

dos sus bienes al objeto amado, y le tiene siempre presente de la manera mas íntima. Pues tal es, ¡oh alma cristiana! el amor de

de nuestra nada, con preferencia á tantos otros que le hubieran servido mejor; y tiene derecho de decirnos por boca de Jeremías: *Os he amado con una caridad eterna, os he creado en mi bondad.*

Nos ama con un amor gratuito, sin ningun mérito de nuestra parte y sin ventaja para él. Porque, como dice San Juan, *la caridad de Dios ha resaltado en que no le hemos amado nosotros primero*, en que no le hemos precedido en la caridad para merecer de su parte un amor recíproco, *sino que nos ha amado primero; nos ha amado, cuando éramos sus enemigos; y por nuestra naturaleza, hijos de cólera; él nos ha amado voluntariamente*, sin ser comprometido, ni obligado, ni forzado por nadie, sin que tuviese ninguna necesidad de nosotros, sin utilidad, sin ventaja ninguna para él, supuesto que no necesita de nuestros bienes.

Su eterna ciencia, su conocimiento del porvenir, no puede encontrar en nosotros mas que la nada y el pecado, nada que no debiera irritar su ódio, mas bien que ganar su amor; y sin embargo, este Dios, que no necesita de nadie, que es feliz por sí mismo, nos ha amado, á nosotros pecadores, sin ningun mérito

horrible prision se cambiaria al momento en un paraíso: tal es la excelencia de su santidad, que el dolor que concibe por la mas ligera falta, sobrepuja á toda la alegría que la

de nuestra parte, y sin ningun provecho para él. ¿Qué digo? ha previsto tan grandes faltas que cometeríamos, y sin embargo nos ha amado.

Nos ama con un amor infinito, con ese amor, considerándole en su naturaleza, con que ese Ser inmenso se ama á sí mismo, y ama á su Trinidad adorable, con el mismo amor con que ama á Jesucristo y á los santos; pues que te ama, ¡oh alma mia! todo él, con toda la infinidad de su naturaleza; de modo que no hay en su Divinidad ninguna perfeccion, ni en su Trinidad ninguna persona que no te ame con toda la estension infinita de su caridad.

Finalmente, nos ama con el amor mas tierno, llevándonos sobre sus hombros como el buen pastor lleva á sus ovejas, y en su seno, como una nodriza lleva al niño que alimenta; guardándonos como la niña de sus ojos; conociendo el número de cabellos de nuestra cabeza, y acordándose siempre de nosotros para hacernos bien, como si cada uno fuese solo en el mundo, y el único objeto de su amor infinito.

Es, pues, justo, ¡oh amor divino! que yo os ame tambien con un amor gratuito, no

dos sus bienes al objeto amado, y le tiene siempre presente de la manera mas íntima. Pues tal es, ¡oh alma cristiana! el amor de

determinado por el temor de las penas, ni por la esperanza de la recompensa, sino que os ame pura y gratuitamente, por vos solo, con un amor eficaz, amandoos no solo de palabra, sino tambien por mis obras y en la verdad, con un amor constante, y esclamando con el doctor de las naciones: *¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo? ¿será la tribulacion, ó la angustia, ó la persecucion, ó la cuchilla? Porque yo estoy cierto de que ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni ninguna otra criatura podrá separarme de la caridad de Dios.*

3.º Dios merece ser amado á causa de sus perfecciones infinitas. Su amabilidad es tan grande, que si el cielo estuviera abierto un instante, todos los espíritus infernales, en lugar del odio implacable que le profesan, se verian obligados al momento mismo, por una dulce violencia, á amarle con el amor mas vivo; su belleza es tan encantadora, que los condenados sufririan con gusto mil y mil infiernos, si pudieran contemplarle un solo instante; su bondad tiene tanta dulzura y atractivo, que si los condenados sintiesen el mas pequeño efecto de ella, en el infierno, esta

horrible prision se cambiaria al momento en un paraíso: tal es la escelencia de su santidad, que el dolor que concibe por la mas ligera falta, sobrepuja á toda la alegría que le causan las acciones heróicas de todos los santos: su ciencia es en tal grado infinita, que nada olvida de las cosas pasadas, nada ignora de lo que está presente, y prevee el porvenir con tal esactitud, como si todas las cosas estuvieran representadas en un espejo: su poder es tan maravilloso, que iguala su voluntad. Su edad es la eternidad, su curso la inmutabilidad, su lugar la inmensidad, y su medida lo infinito.

Es tan rico, que sus tesoros son inagotables; su prevision dispone todo con número, peso y medida: es tan constante, que no hay en él ni cambio, ni sombra, ni vicisitud; tan fuerte, que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra, pesa los montes, y pone las colinas en su balanza; tan elevado en su poder, que nadie es semejante á él.

En una palabra, es mas elevado que el cielo, mas profundo que el infierno, mas estenso que la tierra, mas vasto que la mar. Todo está desnudo y descubierto delante de sus ojos. Tiene en su mano el alma de todo lo

pa de vos arrojados que no conviene sino á Dios, á saber: la impecabilidad y la infalibilidad; pues, haciendo la voluntad de Dios, obedece á la divina sabiduría; y obediendo-

que vive; nadie puede resistir á su cólera; millares de millares de ángeles le sirven, y millones de millones de espíritus están delante de él.

Mas ¿quién será capaz de contar sus obras? ¿quién penetrará sus maravillas? ¿quién ponderará el poder de su grandeza? Como habita en una luz inaccesible, ¿no es conveniente amar con todas nuestras fuerzas á aquel cuyas perfecciones no podemos comprender? Meditémos frecuentemente estas sublimes verdades; hagamos de ellas el objeto habitual de nuestros pensamientos y reflexiones; el fuego del amor divino se inflamará en nuestro corazon, y nuestros afectos cautivarán nuestros pensamientos, los fijarán en Dios, y tendremos el espíritu interior.

#### ARTICULO QUINTO.

Cuarto medio para llegar á la vida interior: la conformidad con la voluntad de Dios.

No basta amar á Dios para conseguir la vida interior; es preciso tambien amar la voluntad de Dios, y conformar la nuestra con ella, sea cual fuere respecto de nosotros. En

nosotros, si pudiéramos contemplarlo en solo instante; su bondad tiene tanta dulzura y atractivo, que si los condenados sintiesen el mas pequeño efecto de ella, en el infierno, esta

efecto, pues que la vida interior es el resultado de la union de nuestra alma con Dios; union que supone una inclinacion de Dios que le impele hácia nosotros, sus criaturas, y una inclinacion de nuestra voluntad que nos lleva hácia él, nuestro Criador, nuestro legislador, nuestro guía, el soberano moderador de todas las cosas, que dirige todo en nosotros y á nuestro derredor como le agrada, es evidente que si nuestra voluntad es opuesta á la suya, le resiste, se rebela contra él, entonces, la armonía que ecsistia entre él y nosotros, queda destruida; y por este rompimiento nos alejamos de él; y él mismo, lastimado de nuestra insubordinacion é ingratitud, se aleja de nosotros, y ya no es posible la vida interior.

Es, pues, muy necesario para los que aspiran á la vida interior, establecerse en una perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Considerémos: 1.º ¿Cuán escelente es esta conformidad! 2.º ¿Cuán justa es! 3.º ¿Cuán ventajosa!

1.º *Esclencia de la conformidad con la voluntad de Dios.*—El prodigio mas maravilloso del universo, dice Bellecio, el milagro superior á cuanto leemos que haya obrado la

pa de dos atributos que no convienen sino á Dios, á saber: la impecabilidad y la infalibilidad; pues, haciendo la voluntad de Dios, obedece á la divina sabiduría; y obedeciéndola

omnipotencia de Dios, es la union del Verbo Divino con la naturaleza humana; union que adoramos en la persona del Hombre-Dios, y que pasma y admira aun á los mismos espiritus celestes.

El segundo prodigio, es la union de una maternidad fecundísima con una virginidad inmaculada que honramos en la Madre de Dios. Despues de estos dos milagros de la sabiduría, de la caridad y del poder divino, no encuentro obra mas sublime, mas agradable al cielo y saludable para nosotros, que la union de nuestra voluntad con la de Dios.

Esta union es el triunfo mas magnífico que la gracia victoriosa tiene la gloria de ganar sobre la voluntad humana, dejándole, sin embargo, su libertad; los encantos de esta virtud atraen al celeste Esposo á nuestra alma, como á un jardin de delicias; ella hace de nuestro corazon un templo de santidad, un santuario donde la Santísima Trinidad desea ardientemente fijar su morada, segun esta promesa de Jesucristo: *Nosotros vendremos á él, y fijaremos en él nuestra morada.*

Esta conformidad de voluntad, es, sin contradiccion, el sacrificio mas perfecto y agradable á Dios. Por ella, el hombre inmola á

nos, si pudiera contemplarle un solo instante; su bondad tiene tanta dulzura y atractivo, que si los condenados sintiesen el mas pequeño efecto de ella, en el infierno, esta

la Magestad Divina lo que tiene mas caro y mas precioso, porque nada hay de que se despoje con tanta pena, como de su voluntad. Despreciando las riquezas y los honores, abandonando los placeres, el hombre hace el sacrificio de sus bienes; pero aquí se ofrece á sí mismo: en todo lo demás, lo que sacrifica á su Criador pertenece ya de derecho á la Divinidad, mientras aquí, el hombre cuyo libre albedrío es propiedad suya, abandona á Dios su voluntad toda entera. He aquí la razon por que la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, es el culto mas perfecto que puede dársele, el homenaje mas excelente de nuestro corazon, y el holocausto mas agradable que el hombre puede hacer de sí mismo; porque por ella sometemos á Dios, el único bien, que nuestra malicia, abusando de su libre albedrío, tenga el poder de robarle; y satisfacemos plenamente á este mandato: *Hijo mio, dame tu corazon.* ¡Prueba incontestable de la excelencia de esta virtud!

El que se aplica á practicarla, contrae con nuestro Salvador un lazo estrecho de afinidad y de parentesco espiritual; él mismo lo ha dicho: *Cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi herma-*

pa de dos atributos que no convienen sino á Dios, á saber: la impecabilidad y la infalibilidad; pues, haciendo la voluntad de Dios, obedece á la divina sabiduría; y obedeciéndolo

no, y mi hermana, y mi madre. Ahora, ¿qué cosa mas excelente que ser considerado como la hermana y la madre de Jesucristo, y aun ser elevado á una intimidad todavía mas estrecha? Pues esto es lo que podemos sacar en conclusion, del mismo lugar del Evangelio que acabamos de citar; habiendo dicho uno á Jesucristo: *He aquí á vuestra Madre y vuestros hermanos que están afuera y desean hablaros*, respondió el Salvador: *¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos?* Y estendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: *He aquí á mi Madre, y he aquí á mis hermanos*; prefiriendo así, al parentesco carnal y natural, el espiritual fundado sobre el cumplimiento de la voluntad divina.

Digo mas: el hombre que practica esta conformidad de voluntad, es como otro Jesucristo; se mantiene con el mismo alimento que él: *Mi alimento*, él mismo nos lo enseña, *es hacer la voluntad del que me ha enviado para que cumpla su obra*: de aquí se deduce, que el que imita en esto á Jesucristo, hace ver que se mantiene con el mismo alimento que él. Despues, la ocupacion propia y esencial de Jesucristo, es hacer la voluntad de Dios su Padre, pues él mismo lo dice: *Está*

remos, el padecer contemplando un solo instante; su bondad tiene tanta dulzura y atractivo, que si los condenados sintiesen el mas pequeño efecto de ella, en el infierno, esta

perfeccion consisten en la caridad, y esta no se encuentra sino en el cumplimiento de la voluntad divina, segun este oráculo de San Juan: *El que conoce mis mandamientos*

*escrito de mí, á la cabeza del libro, que cumpliré vuestra voluntad ¡oh Padre mio!* Si alguno, pues, abriga en su corazon sentimientos semejantes, representa perfectamente á Jesucristo; es como otro igual á Jesucristo.

Yo añado, con San Bernardo, *que tal disposicion nos deifica en cierto modo; porque querer lo que Dios quiere, es ser ya semejante á Dios; y no poder desear otra cosa mas que lo que él desea, es ser uno mismo lo que Dios es*. Como dos bolas de cera que se funden juntas y no forman mas que un solo todo, así el hombre, por esta conformidad de voluntad se identifica con Dios: tambien la Esposa dice en los cantares: *Mi alma se ha fundido como la cera*, que se presta á todas las formas. San Lorenzo Justiniano comenta así estas palabras: Se ha fundido por el fuego ardiente de la caridad; se ha hecho ductil como el metal fundido, y se presta á recibir todas las impresiones de la voluntad divina; y este estado, ¿qué otra cosa es, sino estar deificado?

Digamos aun mas, que esta alma participa de dos atributos que no convienen sino á Dios, á saber: la impecabilidad y la infalibilidad; pues, haciendo la voluntad de Dios, obedece á la divina sabiduría; y obediendo.



no, y mi hermana, y mi madre. Ahora, ¿qué cosa mas excelente que ser considerado como la hermana y la madre de Jesucristo, y aun la hermana y la madre de todos los hombres?

la, no puede engañarse; además, obra conforme á la regla de santidad infinita, y entonces no puede pecar: quiere decir, que se hace cuanto puede, *todo lo que Dios mismo es.*

Esta noble práctica abraza todas las demás virtudes: en ella resplandece la fé, por la que creemos que nada sucede sin la voluntad de Dios. Por ella probamos nuestra confianza abandonándonos á la conducta de la amable Providencia; con ella practicamos la paciencia, la humildad, la penitencia, la obediencia, sometiéndonos á los golpes de la justicia divina. Es tambien la mas segura de las devociones, porque no está sujeta, como las otras, á las ilusiones y á las astucias del infierno. ¿Qué cosa mas sublime puede decirse de una virtud? Es preciso concluir que ésta es excelente.

2.º *Cuán justa es la conformidad con la voluntad de Dios.*—La razon misma nos enseña, que lo que es recto endereza lo que es tortuoso; lo que es inmutable por su naturaleza, que no está sujeto á ningun vicio, corrige lo que es inconstante y vicioso.

La voluntad de Dios es recta, inmutable y esencialmente santa; la nuestra, al contrario, es falsa, inconstante y depravada: la volun-

perfeccion consisten en la caridad, y esta no se encuentra sino en el cumplimiento de la voluntad divina, segun este oráculo de San Juan: *El que conoce mis mandamientos*

tad de Dios es infinitamente sábia y justa; la nuestra no es sino ceguedad y perversidad: en una palabra, la voluntad de Dios es la primera regla de nuestras costumbres, y la medida infalible del bien; la nuestra es, toda entera, error y pecado. Es, pues, justo, concluye San Agustin, que nuestra voluntad sea corregida por la voluntad de Dios, y que la de Dios no se avenga á la nuestra, porque ésta es falsa y aquella es recta. Que subsista la regla, enderezando lo que está torcido, la justicia lo ecsige.

La voluntad de Dios es una voluntad soberana, porque todo le está sometido: es, pues, justo, que toda voluntad humana se le someta. Pues el Ser divino es el primero y el soberano Ser, todos los seres creados deben necesariamente sometérsele; y de la misma manera, pues, que la voluntad divina es la primera y soberana voluntad, toda voluntad creada debe tambien conformarse á ella.

La voluntad de Dios no es menos santa y justa, que la inteligencia de este Soberano Señor, infalible y sábia; supuesto que sometemos ciegameute nuestra fé á la veracidad de su palabra, ¿por qué, pues, no rendiríamos tambien una obediencia fiel á su santidad y

no, y mi hermana, y mi madre. Ahora, ¿qué cosa mas excelente que ser considerado como la hermana y la madre de Jesucristo, y aun la similitud todavía mas es.

á la equidad de sus mandamientos ó de su voluntad? ¿No es justo que el hijo, el discípulo, el siervo, el vasallo, sometan con prontitud su voluntad á la voluntad de su Padre, de su Maestro, de su Señor y de su Rey? Y ya que los primeros títulos pertenecen al hombre y los otros á Dios, ¿no es infinitamente justo que la voluntad humana se someta á la divina? ¡Mirad cuál es la justicia de esta virtud!

3.º Finalmente, la conformidad con la voluntad de Dios es tambien de una utilidad muy grande; pues nos procura, aun durante esta vida, dos ventajas inestimables, que son: una perfecta santidad y una felicidad completa. En órden á la santidad, es cierto que nuestra perfeccion consiste en cumplir con cuidado la voluntad de Dios, y que seremos tanto mas santos, cuanto seamos conformes á esta voluntad: 1.º Porque es mas santo el que vive mas conforme á la regla de toda santidad, que es la voluntad de Dios. 2.º Porque seremos tambien tanto mas santos, cuanto mas semejantes nos hayamos hecho al modelo de toda santidad, que es Jesucristo tan perfectamente sometido á la voluntad de su Padre. 3.º En fin, porque nuestra santidad y

perfeccion consisten en la caridad, y esta no se encuentra sino en el cumplimiento de la voluntad divina, segun este oráculo de San Juan: *El que conoce mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama.*

La segunda ventaja que nos procura la conformidad con la voluntad de Dios, es una felicidad completa desde este mundo; porque, 1.º para ser feliz en esta vida, es necesario que estemos escentos de todos los males. Ahora, aquel cuya voluntad está en todo conforme con la voluntad de Dios, está al abrigo de todos los males; del mal moral, que es el pecado; de los males naturales, que son todo género de calamidades.

En efecto, el pecado no es otra cosa que nuestra voluntad rebelde contra la voluntad de Dios; pues bien, es evidente que no existe semejante rebeldía, y por consiguiente no hay pecado donde reina una perfecta armonía entre nosotros y él. En cuanto á los otros males, no son tales, sino en cuanto á que son contrarios á nuestra voluntad, pues tan luego como queremos una cosa, cesa de ser para nosotros un mal y se convierte en bien, como lo asegura San Crisóstomo: *Habéis sufrido algun mal, dice; si queréis, no es mal;*

remos despojarnos, para ponernos en perfecta dependencia de la gracia y del espíritu de Dios; estos son otros tantos lazos con que el enemigo nos tiene atados y nos impide ade-

*dad gracias á Dios, y el mal se cambiará en bien.* Es, pues, cierto, que si queremos lo que Dios quiere, estaremos como libres de toda clase de males.

Además de la escencion de todo mal, es tambien necesario para poseer la verdadera felicidad, que nuestros votos sean plenamente cumplidos; tal es el estado de los que siempre están satisfechos y contentos con todo cuanto á Dios le place ordenar: lo que desean siempre se cumple, porque no desean mas que el cumplimiento de la voluntad de Dios, la cual no puede dejar de tener su efecto cuando es absoluta.

Es una máxima universalmente recibida entre los hombres, que es feliz aquel á quien nada sucede contra su voluntad; pues este es el privilegio de todo hombre que se somete del todo á lo que Dios disponga.

Por último, el imperio sobre nuestros deseos, es en este mundo una fuente inagotable de verdadera felicidad. Pues bien, una alma fiel se hace señora absoluta de todos sus afectos por esta conformidad de su voluntad con la de Dios: no dependiendo únicamente sino del gusto de Dios, le es igual ser elevada á los honores ó ser humillada entre los demás.

mas semejantes nos hayamos hecho al modelo de toda santidad, que es Jesucristo tan perfectamente sometido á la voluntad de su Padre. 3.º En fin, porque nuestra santidad y

No se deja tentar por la ambicion; la elevacion de otro no le causa envidia; no concibe ningun pesar por su propia abyeccion. Como tiene un corazon indiferente por los bienes de la fortuna, no teme perderlos, ni desea enriquecerse.

No ama ni detesta, sino lo que Dios ama y detesta; reposa feliz en el seno de su Providencia, á quien confia todos sus cuidados. He aquí seguramente una felicidad completa sobre la tierra; es lo mismo que el espíritu interior, el premio de las que se aplican á conformar su voluntad á la de Dios.

#### ARTICULO SESTO.

Quinto medio para llegar á la vida interior: la fidelidad á la gracia.

La fidelidad á la gracia es otra de las disposiciones absolutamente necesarias para llegar á la vida interior; es necesaria por dos razones: la primera, porque el hombre sin la gracia nada puede, ó si corresponde á la gracia, la hace inútil, se priva de ella, y por consiguiente no puede conseguir la vida interior. La segunda, porque el espíritu interior, que

remos despojarnos, para ponernos en perfecta dependencia de la gracia y del espíritu de Dios; estos son otros tantos lazos con que el enemigo nos tiene atados y nos impide ade-